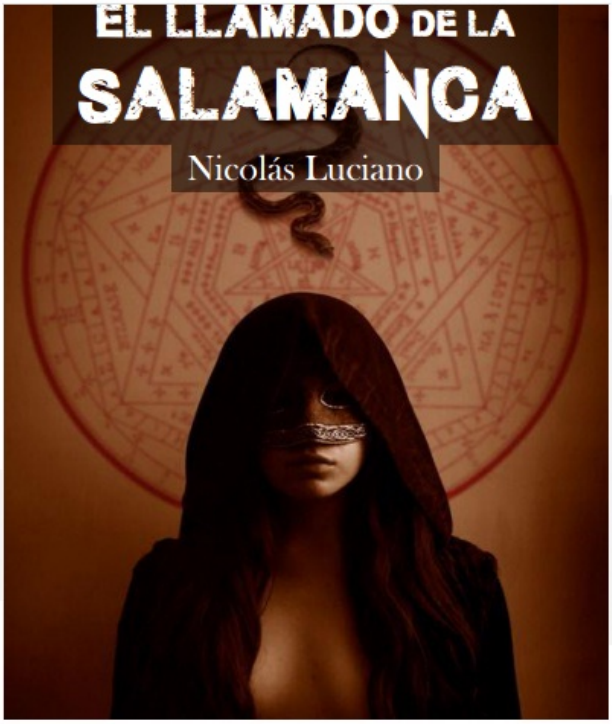
El llamado de la Salamanca

nicolás luciano brito



Capítulo 1

El llamado de la Salamanca

El flete circulaba por la ruta nacional 89. Había partido desde Resistencia con destino a Quimilí. Fue contratado por la prima del intendente de la capital de la provincia del Chaco para entregar una diligencia a su hermana que residía en la provincia vecina de Santiago del Estero, era una caja de madera asegurada con remaches y de peso considerable. El dueño del flete conocía los riesgos de manejar durante la noche pero, la señora necesitaba enviar la encomienda con urgencia y el dinero extra que el hombre solicitó por hacerlo inmediatamente ayudaría a su familia notablemente. La noche era tranquila y desolada, el conductor no se cruzó en las horas que llevaba en viaje con ningún otro vehículo en su carril ni en el contrario, seguramente por ser día de semana imagino el fletero. La luna llena iluminaba solidariamente al solitario hombre y él lo agradecía. Quienes viven del transporte saben que conducir durante la vigilia y sin el debido descanso reviste una peligrosidad constante; uno nunca sabe si en la oscuridad puede surgir inesperadamente otro rodado, generando de esta forma consecuencias de impredecibles alcances. El fletero poseía en sus caracteres el semblante típico de su oficio: sufría de un ligero sobre peso, rostro barbado con canas y tez color mate; su capacidad de atención y sobresalto ante las circunstancias y cosas que le rodeaban era ejemplar como todo hombre de ruta.

Al pasar por la zona de la localidad chaqueña de Quitilipi su tensión y ansiedad aumentaron notablemente. A esas alturas del trayecto el estado del asfalto no era el adecuado y otras cuestiones de carácter supersticiosas afectaban sus nervios. Ya podía observar al costado del camino las luces extrañas de luminosidad casi fluorescentes las que se cree son almas en pena. Las veía por montones en los campos aledaños al camino. A pesar de ser un experimentado conductor no pudo evitar la angustiosa necesidad de superar ese rumbo del itinerario, mientras las luces lo acompañaban como esperando que en un momento de dispersión psicológica se produjera lo peor. Aumentó un poco la velocidad por sobre el límite permitido, aprovechando la desolación del camino a pesar que su experticia le impedía ignorar la peligrosidad de esta acción; las sombras muchas veces guardan malas bromas para los conductores habituales. Las luces que lo circundaban a la distancia eran como fogatas que se encendían y apagaban mientras avanzaba en kilómetros y, al pasar por un cementerio rural, sus nervios ya amenazaban con descontrolarse; estaba convencido que le rodeaban los espíritus de los muertos y su alterada percepción le generaba la sensación que eran decenas las luminosidades en los campos. Sudaba constantemente por todos sus poros a pesar que la temperatura ambiente no superaban los 10 grados Celsius y, fue en ese momento, al superar el lúgubre conjunto de tumbas que lo vio al costado del asfalto, sentado. Era un muchacho joven. Al divisar la luz de la chata

se posicionó al borde del camino para hacer señas con du dedo. El fletero decidió bajar la velocidad y, al acercarse a la figura del joven, pudo observarlo con mayor detenimiento ayudado por las luces delanteras de su vehículo. El chico estaba solo, era desgarbado y no aparentaba más de 20 años de edad; sus únicas posesiones eran una mochila mediana y una guitarra criolla. Frenó donde se encontraba el muchachito. Se sintió feliz de encontrar otra persona esa noche, suponiendo que necesitaba transporte. Naturalmente no iba a dejarlo en la soledad de la noche si fuera ese el caso.

-Buenas noches, ¿necesitas que te lleven?-. Preguntó el hombre con las buenas intenciones de darle una mano y de paso tener compañía en esa vigilia tan lúgubre.

- Si señor necesito transporte. Soy músico y vengo de tocar en una peña de Quitilipi pero viajo con lo puesto que, como podrá ver, no es mucho. Lamentablemente es la primera persona que veo en horas de espera-. El fletero le indicó que subiera y eso hizo agradeciendo el gesto varias veces.

- ¿Cómo te llamas pibe?, mi nombre es José, tengo que llevar a Quimilí esta diligencia, ese es mi destino. Vos me dirás a dónde puedo dejarte mientras el lugar se encuentre en mi itinerario-. José lo observaba inquisitoriamente mientras en chico se acomodaba en el asiento al lado del conductor y dejaba sus cosas atrás. Al terminar de instalarse contestó a su benefactor las preguntas que le había formulado.

- Un gusto José, me llamó Gabriel Gaona y soy de Santa Fe, más precisamente de Rafaela. Como te dije antes me traslado por todo el país para participar en peñas folclóricas y a eso me dedico, con lo poco que llevo a cuestas. Casualmente Quimilí era el sitió al cual quería llegar de forma inmediata. Aparentemente pasado mañana hay una peña grande en el campo de un terrateniente local y casi toda la gente que vive en la zona va a participar según me comentaron en Quitilipi. Fue muy atinado que nos encontremos esta noche tan tenebrosa y desolada para poder hacernos compañía-. Con las presentaciones de rigor efectuadas y con la tranquilidad de acompañarse mutuamente emprendieron el camino a destino. Era de madrugada cuando José recogió al músico y solo faltaban dos horas para que el alba se presentara con todo su esplendor. Conversaron muchísimo el tiempo que duró esa porción del viaje.

Era primera mañana cuando la diligencia entró en la localidad de Quimilí, por la avenida principal de la ciudad. El lugar en cuestión es una pequeña municipalidad donde la zona más urbanizada se encuentra en el pequeño centro donde uno puede encontrar bares, boliches, los edificios públicos y casas más adecuadas para una vida correcta. El resto de los barrios circundan ese centro y son básicamente rurales, la mayoría de los pobladores son peones y viven en casas bastante humildes con amplios

terrenos y animales. El flete se detuvo frente a una gran casa, un chalet imponente que destacaba sobre todas las viviendas del centro. Era el hogar de los Santillán Esta familia era una de las más acaudaladas de la zona. Contaban con miles de hectáreas de campo y muchos de los pobladores de la ciudad eran empleados suyos. Al bajar del flete José le solicitó a Gabriel ayuda para bajar la carga, esa caja de madera de relativo peso y tamaño; la pusieron en el suelo y el fletero tocó a la puerta del chalet. Rápidamente fueron atendidos por la señora Santillán quién personalmente abrió la puerta y recibió la encomienda. Era una mujer de edad mediana y facciones llamativamente europeas: pelo claro y ojos verdes se complementaban a una personalidad altanera y prepotente. Confundiendo al chico con un ayudante del flete les solicitó a los dos hombres que entraran en el living la caja. La señora misma abrió la encomienda. Resultó ser un pequeño escritorio de alta calidad. Según les explicó había pertenecía a un antepasado suyo y la madera de la que estaba hecho era quebracho colorado, extinto en estos días. Una vez cumplida la labor agradeció la amabilidad de José y Gabriel y no perdió la oportunidad para invitarlos a la gran peña que se realizaría al día siguiente en los campos de la familia; la enorme carpa ya estaba preparada y gran parte de los habitantes de la localidad y alrededores concurrirían. Era un regalo que todos los años ofrecían a la comunidad toda, una noche de distención y baile. Fue en ese momento que Gabriel se presentó como folclorista y solicitó a la señora su venia para participar en el escenario y poder demostrar su talento. La señora, con una aparente amabilidad, le otorgó el honor y ofreció albergarlo en uno de los puestos que se encontraban en sus amplias extensiones de campo, el número 3 sobre la ruta de ingreso a la ciudad; recibiría alimento, albergue y luego podría tocar en la peña. Le indicó donde podría conseguir transporte para llegar al referido puesto y los despachó de su casa sin más preámbulos.

Resuelto el asunto en la residencia Santillán, José se despidió dejando sus bendiciones a Gabriel. No se quedaría a descansar si no que volvería a Resistencia inmediatamente para llegar antes del anochecer; extrañaría mucho a su familia si se quedaba aunque sea un solo día en Quimilí. Le regaló un último favor al joven, lo llevó a los terrenos de la adinerada familia para que se instalara en el referido puesto número 3, el cual se ubicaba sobre la misma ruta de ingreso a la ciudad a 3 kilómetros del letrero, según las indicaciones de la señora; de ahí que el nombre del puesto fuera el de la distancia que lo separaba de la ciudad. Llegaron al punto indicado y sus caminos se separaron definitivamente. Gabriel observó al flete alejarse más y más y, cuando ya no pudo divisarlo en el horizonte, centró toda la atención en los campos que lo albergarían. Ingresó al puesto. Para su sorpresa estaba deshabitado, de seguro por ese mismo motivo la mujer le invitó a quedarse allí; parece que oficiaría de sereno por el privilegio de participar en el escenario de la peña. Esos puestos se encontraban en sectores estratégicos casi sobre las rutas para seguridad de los animales y prevenir el abigeato. En el pequeño establecimiento pudo encontrar un catre para descansar y un horno de

barro para cocinar. El baño estaba por fuera y había ollas y pavas para calentar agua. Una vez instalado en la casilla pudo contemplar las vastas extensiones de territorio que eran posesión exclusiva de los Santillán. Pudo ver cientos de animales pastando de todo tipo, caballos, vacas y gran cantidad de peones trabajando, parecían ser cientos de personas cada una con una ocupación específica. La carpa donde se desarrollaría la fiesta estaba levantada en el centro de los terrenos, a 15 kilómetros hacia dentro de donde se encontraba su puesto, era tan grande que podía divisarla desde allí y solo podía suponer que la festividad iba a ser gigantesca.

Solo había transcurrido una hora desde que se había instalado cuando una jovencita muy bien parecida tocó a la puerta de la casilla. Gabriel abrió y le pareció una hermosa mujer, piel trigueña y ojos oscuros, figura esbelta y cabellos en trenza de color azabache; traía en sus manos una canasta con comida, una pava y mate.

- Buenos días, la patrona me dijo que venga a traerte alimentos. Me contó que vas a tocar en la peña y que sos su invitado en este puesto, a decir verdad, pareciera que encontró el empleado barato perfecto; me llamo Ana por cierto-. Gabriel la invitó a pasar, no pudo evitar reírse con la ocurrencia de la chica.

- Me llamó Gabriel y, sí, parece que soy su "invitado". Al menos me permitió tocar en la peña pero a cambio voy a tener que prestar servicio de seguridad parece ser -.

Se sentaron juntos en la puerta a tomar unos mates y charlar. A Gabriel le parecían intrigantes los motivos por los cuales el puesto estaba sin ocupación pero Ana solo le explicó que el trabajador que ocupaba el sitio se había marchado sin previo aviso un mes atrás. Luego, la charla se centró en sus vidas. El chico le contó que era rafaelino y que sin mucho a cuestas viajaba por todo el país para vivir de la música. Le contó que en su última presentación en Quitilipi se había hecho eco de esta fiesta y no podía dejar de venir. Ana lo escuchaba atentamente, luego fue su turno de hablar.

- Mi familia trabaja para los Santillán como lo hace media región. Mi madre y yo nos encargamos del servicio doméstico, mañana voy a formar parte del grupo de baile así que los dos vamos a ser partes importantes de las festividades. Si escuchás sonidos raros de noche no te asustes que de seguro es el Kakuy y su canto molesto o los bichos que salen con la luna; tené mucho cuidado con las yararás que acá son una plaga. En lo posible no salgas de noche de este puesto por más que escuches cosas que te puedan llegar a alterar los nervios, total, estás de paso y nunca pasa nada malo en estos campos; nadie se atrevería a dañar de ninguna forma a esta familia tan poderosa-. Charlaron y matearon hasta el atardecer y cuando el ocaso empezaba a insinuar una señora en bicicleta

apareció. Era la madre de Ana que venía a buscarla para regresar al hogar. los jóvenes se despidieron y Gabriel volvió a quedarse acompañado únicamente por sus pensamientos. No pudo dejar de notar un aire preocupante en las advertencias de su nueva amiga, qué cosas tan terribles podría llegar a oír para que sus nervios se estremecieran y cómo iba a cumplir su labor si los ignoraba.

La experiencia que el pobre chico debió vivir esa noche sería capaz de alterar la ansiedad de las personas más templadas. Primero, la terrible soledad en la que estaba inmerso generó desequilibrios en los pensamientos y percepciones de Gabriel; su mente era una vorágine de ideas. El tiempo parecía transcurrir más lentamente y los sonidos de los grillos lo alteraban profundamente impidiéndole conciliar el sueño. No pasaba un solo vehículo por el lugar y esto le generó una preocupación mayúscula. Pero lo peor no era eso. Pronto comenzó a sentir ruidos de movimientos en el pasto, como si cosas que él desconocía se estuvieran arrastrando en el terreno. Estaba tentado a salir y sentarse en la silla ya que temía que los ruidos fueran de personas las que sigilosamente y, sin saber que el puesto estaba nuevamente ocupado, se hubieran aventurado en el lugar pero recordó la advertencia de Ana y decidió simplemente quedarse recostado en el catre y practicar su música con la guitarra para acallar su mente y por un motivo práctico: sí hubiera alguien afuera de seguro al sentirlo tocar se iría sin dudarlo. Su fiel amiga le ayudo a relajar su ansiedad y olvidar por varias horas lo horrendo de sus circunstancias sin embargo el cansancio arremetió sobre su psiquis y lo instó a dormitar un poco con la guitarra encima.

Había logrado adormecer su conciencia por algún tiempo pero, de repente, un evento extraño lo despertó de su frágil estado onírico. Eran sonidos espectrales y lejanos en un principio, parecían retumbar en el aire. Se levantó sobresaltado sin llegar a comprender inicialmente de que se trataba. Por su oído musical logró discernir que eran generados por la percusión de algún instrumento, de eso no le quedaba duda. Tomó una linterna que encontró en un estante y salió para comprobar el origen de esos enigmáticos ruidos. Al salir pudo captar con mayor sensibilidad las vibraciones que oía, su conocimiento musical le confirmó que eran bombos legueros y parecían estar replicando el ritmo de chacarera, típico de la región pero, no era físicamente posible. Se encontraba a kilómetros de la ciudad por lo cual su idea más racional no era plausible, que habría alguna peña. En un instante esa idea quedó descartada y, lo que empeoraba el cuadro fue comprobar que parecían provenir del medio del campo en dirección a la carpa. La situación lo desconcertaba, no tenía forma de dirigirse al lugar para revisar ya que la oscuridad era total sin embargo, la vibración de la percusión lo estaba enloqueciendo. Ya se encontraba en el punto desesperante de sentir en su propia mente el replicar de los legueros. La situación se tornaba espeluznante. El pánico amenazó con atacarlo cuando, en un instante fugaz, en la lejanía y en dirección al supuesto lugar desde donde se generaban los sonidos pudo

divisar una tenue luz rojiza, como un fuego encendido. Alrededor de la extraña manifestación le pareció ver sombras más negras que la noche danzando enloquecidas rodeando al fogón espectral. Bailaban al ritmo de los repliques y, mientras observaba paralizado e hipnotizado semejante espectáculo inexplicable una voz se manifestó en su cabeza y le comunicó el siguiente mensaje-*...los acordes adecuados deberán ser entonados para que tus deseos se cumplan o para que pierdas tu alma...*-Cuando escuchó esa rasposa voz en su cerebro lo terminó por dominar el pánico. Se escondió apresuradamente en el puesto y trancó la puerta, se acurrucó temblando en el catre con una macana como defensa y allí esperó. La espantosa experiencia pareció durar aproximadamente una hora Cuando todo se tranquilizó y su estabilidad emocional pareció regresar pudo comprobar en su reloj de pulsera que eran las 4 am. Estaba tan agobiado que se desmayó de cansancio hasta que la alarma de su reloj sonó a las 6 am.

Ana regresó en bicicleta a la casilla por indicación de su patrona para llevarle más alimentos al chico. Al llegar se encontró con un cuadro penoso. Estaba sentado en la silla, las ojeras que evidenciaba eran oscuras y estaba pálido, notoriamente turbado. Sin perder tiempo le preparó un mate cebado con hierbas para levantar su ánimo y le cocinó una buena torta asada en el horno de barro. En un primer momento no parecía querer conversar pero cuando se sintió más repuesto lo primero que hizo fue preguntar lisa y llanamente a la chica sí tenía conocimiento de las cosas extrañas que sufrió durante la vigilia.

-Tenía miedo que te pasara algo, no quería asustarte pero si advertirte. Mi tata era el ocupante de este lugar. Era bailarín como yo, nadie se comparaba en talento con él. Siempre se quejaba de eventos extraños, de voces y sonidos en su mente en ciertas épocas, sobre todo durante la festividad de los Santillán. En todo momento ignoró esos inexplicables sucesos pero, a medida que pasaba el tiempo,o parecía más y más afectado por las experiencias que debía soportar. Hasta que hace un mes, durante una noche sin luna, agobiado por sus nervios, se aventuró de noche en el campo para descubrir que estaba causando esos eventos y jamás lo volvimos a ver desde esa noche. Desapareció sin remedio según testimonio del vigilante del segundo puesto que lo vio a distancia ingresar en los campos con su bicicleta-. Ana lloró desconsoladamente mientras contaba su historia y Gabriel la consoló con un abrazo fraternal.

-Pero Ana decime una cosa, ¿no tenés idea de que puede ser ese fenómeno?, ¿los otros vigilantes que dicen de esto?-.

-Los otros vigilantes no ven ni escuchan nada extraño pero mi abuelo, que es un hombre de 90 años, tiene una historia relacionada a esto. Me la contó el día que desapareció mi tata. Según él, antes de que estas tierras fueran alambradas, estos amplios territorios eran visitados por los gauchos para participar de una reunión extraña que se daba ciertas

noches aquí, mi abuelo le llama la Salamanca. Según la leyenda el Supay se apersona ante los gauchos que desean obtener habilidades especiales o destacar en algún aspecto pero, las consecuencias a menudo son nefastas para el suplicante. Generalmente los dones eran otorgados pero el alma de la persona era la garantía de ese acuerdo. Yo temía por vos porque sos músico y estas cosas raras parecen afectar a las personas más sensibles pero no quería alarmarte porque solo estás de paso y no creo en esas supersticiones. De seguro mi tata se perdió afectado por la locura y anda por los campos yirando o muerto-. Gabriel escuchó la historia con atención. No podía explicar que vio esa noche pero desde luego no era tan irracional para pensar que un aquelarre de demonios se desarrolló en sus narices. Poco a poco recuperó su bienestar gracias a los cuidados de Ana que a cada instante le parecía más atractiva; tal vez se quedaría una temporada en Quimilí.

Desayunaron y almorzaron juntos mientras observaban a los peones trabajar con el ganado y los autos pasar por la ruta hasta pasado el mediodía. La joven le indicó que debía retirarse para prepararse para la fiesta, tenía que vestirse con los trajes típicos y acondicionarse para el evento. Gabriel también deseaba practicar así que se despidieron hasta la noche, ambos se prometieron mutuamente lucirse en la gran peña.

Las horas transcurrieron volando para Gabriel quién se sumió completamente en la práctica de su arte. Pronto, en un abrir y cerrar de ojos, el ocaso se presentó sobre la región y toda la localidad comenzó a inundar el enorme terreno paulatinamente. Muchos ingresaban por caminos de tierra, aquellos que contaban con movilidad propia, los demás directamente sobre el campo caminando o en sulkys. Los peones de los Santillán solo fueron requeridos ese día para una sola labor: la de los preparativos de la fiesta, montar el escenario, colocar las tablas que se emplearían para comida y los tablones que servirían de asiento para la gente sumado a la correcta instalación de los elementos de iluminación y sonido. Cuando la luz solar se atenuó y solo las estrellas facilitaban la visión de las personas Gabriel se dirigió caminando los 17 kilómetros hacia la carpa, fascinado por la cantidad de gente que ingresaba desde distintos puntos de la ruta; reflexionó que indudablemente la peña era gigante y el padecimiento sufrido era justificado. Llegó a la carpa luego de caminar dos horas en el campo y se encontró con una alegre festividad iniciando. Muchísima comida, desde empanadas, vino por doquier y carne asada a la estaca para toda la gente que concurrió complementaban la gran cantidad de músicos y bailarines que se lucían sobre el escenario. Vio a Ana ataviada con los trajes tradicionales bailando con un grupo nutrido de personas al compás de gatos y chacareras que los artistas regalaban a su público; la gran mayoría de los concurrentes eran trabajadores del lugar. Pronto se presentó con la señora Santillán quién se encontraba conversando con otras señoras de las altas alcurnias de la región en un espacio especial reservado para ellos. Se acercó para agradecerle y se sorprendió de no encontrar al patrón junto a ella, la animada mujer

agradeció el cumplido y le indicó que era su turno de demostrar lo que podía hacer con la guitarra; se acoplaría al conjunto musical de guitarras y bombos que se encontraban en ese momento tocando una chacarera doble, estilo musical más largo a la hora de desplegarlo. Al concluir la canción se realizaría un impase y ese sería el momento indicado para subir. Gabriel esperó aproximadamente 20 minutos, exactamente la cantidad de tiempo que duró el parate y, al subir nuevamente los artistas, se sumó al alegre grupo con su guitarra y su corazón. Eran aproximadamente 100 personas entre músicos y bailarines. Nuevamente el repertorio era de chacareras dobles. Se esforzó por lucirse como si fuera el evento de su vida mientras sus ojos se posaban en su amiga la cual bailaba al compás de su rítmica. La danza era sublime y hasta las estrellas parecían mecerse con el ritmo y la impronta de los bailarines. La gente demostraba su algarabía con los aplausos que habitualmente acompañan imitando el ritmo del estilo musical folclórico cuyas raíces afro-indígenas son patentes en los compases de su entonación. La presentación de Gabriel duró aproximadamente 45 minutos, al concluir, los aplausos fueron atronadores y su sonrisa denotaba una satisfacción pocas veces experimentada por el chico. Ana lo observaba sonriendo de la misma manera, su maquillaje y la ropa tradicional le otorgó un porte precioso a su ya hermosa figura más hermosa aún y el joven músico no pudo evitar sentir algo similar a un enamoramiento por la chica. Lo había embrujado con su arte.

Las horas pasaron, se ubicó en el sector establecido para los artistas, tanto los bailarines como los cantores, guitarristas y bombistos tenían un lugar reservado para comer y beber a gusto. Charló con todos y se hizo querer, les contó a todos sus experiencias en el trajinar del camino y como se iba nutriendo en cada lugar que visitaba. Las felicitaciones recibidas aumentaron aún más su sano ego hasta que Ana le hizo señas con la mirada indicándole su deseo de pasar un momento a solas con él. Juntos se retiraron de la enorme carpa y se encaminaron al campo acompañados tan solo por el benévolo resplandor de las estrellas. No se hablaban, parecía que disfrutaban tan solo de su mutua compañía y se aventuraron muy al centro de los territorios de los Santillán, a varios kilómetros de la carpa, sin perderla de vista. Pronto, los deseos de los jóvenes fueron más fuertes y se besaron dulcemente en un instante eterno, donde los únicos sonidos que acompañaban a la dulce pareja eran el del canto triste del Kakuy, llamando a su hermano perdido, como cuentan los viejos y, los ruidos de los insectos de la noche. La vigilia era ensoñada, no reparaban en su alrededor, solo importaban ellos y el fuerte deseo sensual que los dominaba cuando, de repente y de forma súbita, un retumbe de legueros llegó a la mente de Gabriel. En un primer momento creyeron que provenían de la peña pero se sorprendieron al comprobar que no era así: el viento estaba trayendo el sonido desde otro lugar, mas al interior del campo. El pobre chico empalideció dramáticamente. Era la misma y aterradora experiencia a la cual debió asistir la noche anterior. Dirigió su mirada perdida al lugar de procedencia de esos fantasmales

retumbes. Provenían exactamente del mismo territorio que la primera vez, a tan solo 4 kilómetros del lugar en el que se encontraban. Cuando pudo salir de su trance pasajero sintió la necesidad de regresar a la seguridad de la carpa pero su semblante se desfiguró completamente al observar a su enamorada dirigirse sola y solemnemente hacia el sitió donde el inexplicable acontecimiento se estaba desarrollando. Entrado en desesperación por no comprender como Ana pudo escabullirse sin que se diera cuenta y, además, se adelantara tanto hacia el lugar maldito no dudo en seguirla para hacerla volver a la seguridad de la fiesta; llamarla parecía ser inútil, no parecía oírle. La oscuridad era muy grande en esa parte del territorio y los peligros eran muchos, podían perderse hasta inclusive ser picados por víboras yararás las cuales son mortales. El no comprender como Ana se adelantó tanto escapando a su vista de forma tan disimulada le generaba mas inquietudes a las que ya tenía y, sobre todo, la extraña forma en que la chica caminaba aligerando más y más el paso le despertaba escalofríos; estaba como hipnotizada y no hacia caso a sus gritos. Apenas podía verla en esa oscuridad. Ayudado apenas por la luz de las estrellas, desesperado, la llamaba por su nombre en vano hasta que accedieron a un punto extrañamente más luminoso lo cual ayudó a que pudiera divisarla con mayor facilidad. Sin embargo la luz no era natural y mientras más se acercaban lo terrorífico se tornaba patente en todo el asuntó. La siguió por un kilometro, directo a la luminosidad color roja y los ruidos en su mente se tornaban cada vez más insoportables a medida que se acercaba a esa extraña manifestación. Al llegar a destino el horror se adueñó de su alma de forma irremediable. Ingresaron a un campo donde oscuras figuras, diablos salamanqueros, danzaban locamente al son de los legueros invisibles. Parecían hipnotizados por una fuerza suprema que los manipulaba a voluntad. Ana se dirigía directamente ante la luz roja que se ubicaba en el centro del terreno. Era desde el fuego espectral donde se originaban todos los ruidos que podía escuchar. Ana se detuvo ante la llama. Se encontraba en trance profundo y no respondía a las palabras de Gabriel. Fue allí que lo vio, sentado en canasta frente al fuego etéreo, una figura oscura como las demás, los observaba fijamente con sus ojos color rojo fluorescente. Gabriel pasó del pánico al trance hipnótico causado por el efecto de esos colores tan rojos como faroles en la oscuridad. En su mente escuchó las mismas palabras que la noche anterior una voz rasposa conjuró ingresando en su cerebro- *...los acordes adecuados deberán ser entonados para que tus deseos se cumplan o para que pierdas tu alma...-.* Se repetían en su cerebro con la una rapidez de un torbellino mientras los diablos danzaban con mayor elocuencia. En un intento de salir del hechizo trató de ver a la chica que tanto le gustaba pero su desesperación ya era total al comprobar la metamorfosis sufrida por ella: la esbelta figura de Ana ahora era una sombra similar a las que los rodeaban y en ese momento la roja luz de la fogata etérea que se encontraba tras la demoníaca figura lo encandiló y envolvió por completo, ya no pudo observar con claridad ninguna otra cosa que no fuera la sombra frente a él que a su vez se iba disipando

hasta dejar solo el color rojo rodeándolo completamente.

Las búsquedas y rastrillajes fueron en vano, muchos dicen que se fueron solos para vivir una vida errante, otros creen que el joven le hizo algo y luego de desaparecerla se escapó por medio de los campos aprovechando la noche; todas suposiciones infundadas ya que no se encontraron rastros que avalaran ninguna de esas palabrerías de viejas chismosas de barrio. Sin embargo, otros intuyen otras hipótesis. Algunas noches los puesteros escuchan bombos legueros resonar en la inmensidad y, muy sutilmente, la vibración de una dulce guitarra al compás de chacareras dobles, alegrando a los diablos de la noche, en un aquelarre sin fin.

NICOLÁS LUCIANO BRITO